

San Juan de la Cruz



SAN JUAN DE LA CRUZ

Rafael María López-Melús, Carmelita

Editorial

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78

www.apostoladomariano.com

Así era...

Es interesante conocer desde el principio al protagonista de esta historia que hace casi cuatro siglos que partió de este mundo a la eternidad.

Nació en Fontiveros, acogedor pueblo de Avila, en 1542. Sus padres se llamaron Gonzalo de Yepes y Catalina Alvarez. Le habían precedido dos hermanitos: Francisco y Luis.

Sus padres eran muy pobres en bienes de fortuna pero muy ricos en virtudes cristianas. Su padre murió cuando el pequeño Juan contaba casi tres años.

Juan heredó de sus padres lo más valioso que un hijo merece recibir: Cualidades humanas y virtudes cristianas junto con una esmerada educación.

Así nos describieron a este niño, cuando ya era un auténtico religioso carmelita, los que le trataron de cerca:

—“Fue un hombre de mediano cuerpo, de rostro grave, apacible, muy espiritual y provechoso para los que le oían y comunicaban”.

—“Era el venerable padre de estatura entre mediana y pequeña, bien trabado y proporcionado el cuerpo, aunque flaco por la mucha y rigurosa penitencia que hacía.

El rostro, de color trigueño, algo macilento, más redondo que largo; calva venerable con un poco de cabello delante.

La frente ancha y espaciosa; los ojos negros con mirar suave; las cejas bien distintas y formadas; nariz igual que tiraba un poco a aguileña; la boca y labios con todo lo demás del rostro y cuerpo, en debida proporción.

Traía algo crecida la barba, que con el hábito, grosero y corto le hacía venerable y edificativo.

Era todo su aspecto grave, apacible y sobremanera modesto, en tanto grado que sola su presencia componía a los que le miraban, y representaba en el semblante una cierta vislumbre de soberanía celestial que movía a venerable y amable juntamente”.



“Me sostuvo una señora”

Los niños juegan afanosamente. Lanzas sus débiles varas que se zambullen con fuerza en el agua de la laguna cenagosa. De pronto uno de ellos tira su vara y seguidamente surge en la superficie. Se lanza a cogerla; pero... ¡al agua! Su cuerpecillo se doblega y cae hasta el fondo de la laguna. Intenta levantarse y vuelve a sumergirse.

“Y vio dentro, una Señora muy hermosa, que le pedía la mano, alargándole la suya, y él no se la quería dar por no ensuciarla; y estando en esta ocasión llegó un labrador con una hijada que llevaba, le lanzó y sacó fuera”.

Así lo contaría el mismo niño años más tarde en tierras de Andalucía, ante una laguna cenagosa que le hizo recordar la laguna y el episodio de Fontiveros.

La Virgen María tomó a Juan bajo su custodia y cuidados maternos desde los albores de su vida ya que es muy grande la responsabilidad que el cielo va a encomendar a este pequeñín de Fontiveros cuando sea mayor.

Juan —ya carmelita— acudirá a María con amor y confianza de hijo y recomendará su devoción a cuantos tengan contacto con su vida.

La vida del niño, del joven y del religioso Padre Fray Juan de la Cruz caminará siempre bajo el patrocinio de esta buena Señora que ahora quiere cogerle de su manecita para que no se ahogue. Toda su vida irá tachonada de *presencias* de María que le ayudarán mucho en su caminar hacia Dios hasta llegar a la meta.

Escribirá cosas muy bellas de esta linda Señora, que después sabrá que es la Madre de Dios y nuestra. No será mucho en extensión lo que de Ella escriba pero sí de muy rico contenido. Baste esta prueba: “María, llena del Espíritu Santo, no puso jamás resistencia a las inspiraciones divinas”.

¿Somos así de dóciles tu y yo a la acción de la gracia?



¿Qué será el día de mañana?

Es lógico que ya desde pequeños se piense en el porvenir y nos preguntemos: *¿Qué será el día de mañana?*

La pobre Catalina, viuda y con tres hijos, se ve obligada a emigrar para poder comer. El telar no les da para vivir. El 1548 —Juan tiene seis añitos— llegan a Arévalo (Avila) y el 1551 se trasladan a Medina del Campo (Valladolid). Por este tiempo murió Luis quizá de hambre o a consecuencia del hambre. Eran tiempos recios.

Catalina confió en la ayuda de sus parientes bien acomodados esparcidos en varias poblaciones cercanas pero... le fallaron como suele suceder.

Ella se afanaba sólo por una cosa. Dar digna educación a sus hijos. Francisco —el mayor— contrae matrimonio con Ana Izquierdo que de ahora en adelante formará parte de la familia Yepes y acompañará siempre a Catalina Alvarez.

Al pequeño Juan le animan que pruebe diversos oficios: carpintero, sastre, tallista, pintor... Pero en ninguno alcanza éxito alguno. A la vez lo han escrito en el colegio de la Doctrina o de los Doctrinos para que inicie sus primeros estudios. Pronto deja admirados a todos sus profesores. Como no le queda tiempo estudia por la noche a los lánguidos reflejos de una candela. Juan se muestra latino y buen retórico.

Su hermano Francisco atestigua, “que Juan diose tan buena maña a su estudio, ayudándole en él Nuestro Señor, que aprovechó mucho en poco tiempo”.

También en Medina presta sus servicios como Monaguillo modelo en la Iglesia de la Magdalena y como enfermero en el Hospital de la Concepción o de las bubas, uno de los catorce que hay en la ciudad.

En estos oficios sí que se le veía progresar. Ningún chaval de su edad podía competir con él.



Vocación al Carmelo

¿Cómo pasaba su día el joven Juan durante este tiempo? Durante los años 1559-1563, de diecisiete a veintiún años, estudia en los Padres Jesuitas de Medina y a la vez trabaja en el Hospital. Su día se mueve en tres direcciones: enfermero, que lo hace como un ángel de caridad; colector de limosnas para los pobres del Hospital y estudio al que se entrega con verdadero entusiasmo y en el que se le ve progresar de día en día.

Juan ha llegado a los veintiún años. La vida se abre ante él con muchos caminos. ¿Cuál eligirá? Puede hacerse sacerdote. Le ofrecen diversos cargos y formar parte de diversas Ordenes religiosas. Juan lo tiene pensado.

Depuso su hermano Francisco: “El se acogió a lo más seguro, y, determinando entrar en religión, puso los ojos en la Orden del Carmen. Y así se fue muy secretamente al convento de Santa Ana del Carmen de esta Villa, donde pidió el hábito”.

El Padre Ildefonso Ruiz, Prior de aquella Comunidad recién organizada y esta misma, no dudaron ni un momento en admitirlo.

Ya tenemos a Fray Juan de Santo Matía que, rapada la cabeza, observa la vida del Carmelo. De julio a octubre de 1564 debió unirse a la Orden con los Votos religiosos emitidos en las manos del P. Angel Salazar, Provincial de Castilla.

Seguidamente pasa a estudiar al Colegio de San Andrés de Salamanca donde está el Estudio General de la Orden.

En el curso 1564-1565 se matricula en la Universidad como estudiante de Artes y Filosofía con tres religiosos más.

Desde el 6 de enero de 1565 Juan aspira ansiosamente a la perfección de la vida carmelita entre el ajetreo de los libros y entre tantos estudiantes de tan diversas regiones.



Sacerdote de Jesucristo

La vida que Fray Juan de Santo Matía lleva de estudiante en el colegio de San Andrés y en la Universidad de Salamanca es ejemplar para todos: oración, estudio, penitencia y trata de servir y ayudar a todos sus compañeros superiores.

En San Andrés habita en una celda pobre y oscura. Lleva una vida ejemplar y pasa largas horas atisbando en la ventana del Sagrario que ha hecho en su celda, y desde allí habla con el Dios que empieza a conocer por la razón y el estudio y lo siente en el corazón por el amor.

Es norma de conducta para sus discípulos. Cuando le ven y están faltando, dejan de hacerlo diciendo: “¡Que viene Fray Juan, callad!”... y él pasa de largo envolviéndoles con una mirada larga y dejando el aroma suave de su virtud.

Duerme sobre duras tablas y tiene por almohada un madero. Ayuna casi todo el año y observa la Regla de San Alberto sin mitigación alguna.

Así va madurando hasta que llega el 1567 en cuyo año se ordena sacerdote de Jesucristo. Sus superiores conocedores de su conducta ejemplar le permiten que marche a Medina del Campo para celebrar su Primera Misa. Quizá para ello pesó mucho también la atención a dar gusto a su virtuosa madre que, viuda desde hacía tantos años, tan generosamente había ofrecido a su hijo a la Orden de la Virgen.

Nos podemos imaginar el fervor con que el novel sacerdote subiría las gradas del altar y la “llama de amor viva” en que ardería su seráfica alma al ofrecer por vez primera el Sacrificio del Altar.

Los historiadores de la Orden que refieren el hecho de la Primera Misa del seráfico Padre Fray Juan dicen: que “Dios le concedió la pureza e inocencia de niño y le confirmó en gracia”.



Compañero de Santa Teresa

Ignoramos el día exacto en que se encuentran por primera vez los dos grandes Reformadores del Carmelo. Debe ser entre septiembre y octubre de 1567. Tiene la Madre Teresa cincuenta y dos años. Está en la madurez de sus energías físicas, de sus ilusiones reformadoras y de su santidad.

Juan tiene 25, y por sus débiles miembros vibran alientos de juventud y de vida.

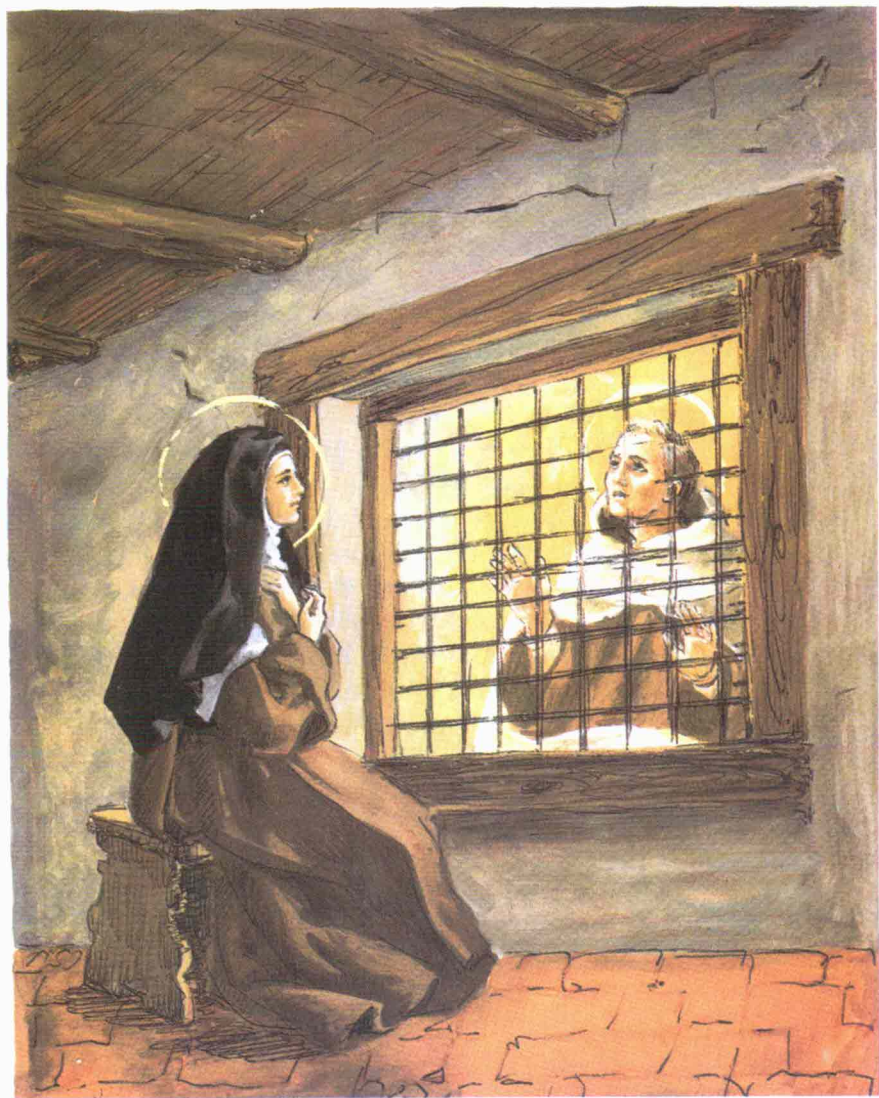
Teresa le disuade de ir a la Cartuja y le anima a que se haga carmelita descalzo. Todos sus anhelos, le dice, de mayor soledad, austeridad y oración puede hallarlos sin salir de la Orden de la Virgen. Y “¡cuánto más servirá Fray Juan al Señor en ello!”. El joven carmelita le promete hacerlo. Sólo le pone una condición: “Que no se tarde mucho”. La Madre corre alborozada a darles la grata noticia a sus monjas: “Ayúdenme, hijas a dar gracias a Nuestro Señor, que ya tenemos fraile y medio para comenzar la reforma de los religiosos”.

Ese fraile y medio eran el P. Antonio de Jesús Heredia que por una parte era buen mozo y parece no estaba decidido del todo... y por otra este diminuto y joven carmelita pero estaba dispuesto a abrazarse con todos los rigores que la reforma iba a exigirle.

En Duruelo se funda el primer convento. Fray Juan goza en aquella soledad, en aquella vida de silencio que penetra en el alma como hálito de vida, entre la pobreza que macera su cuerpo.

El 28-11-1568 se inaugura el Primer Convento de descalzos en Duruelo. Desde este día ya no será Fray Juan de Santo Matías sino Fray Juan de la Cruz.

Es nombrado Maestro de Novicios y poco a poco va llenando de frailes los conventos. Bien se le puede apellidar como “El primero y el mejor de los frailes reformados”.



“La de la Capa Blanca”

Así llamaba a la Santísima Virgen del Carmen —Titular de su Orden— y a la que amaba con todo su corazón.

Cierto día estaban los albañiles transformando una casucha vieja para un austero convento... Fray Juan reza en su celda. Los albañiles trabajan afanosamente por derrumbar un muro. Al fin... cae, pero donde no se quería. Juan ha quedado debajo.

Corren los obreros, levantan piedras, tierra, ladrillos... y aparece Juan. El asombro les domina. Allí, en aquel rincón está él.

—“Pero ¿cómo?” le preguntan.

—“Nada. He tenido muy buenos puntales, pues la Virgen de la Capa Blanca me ha salvado”.

El santo lo dice con aquella naturalidad y sencillez del que está acostumbrado a recibir favores a diario de la Virgen de la Capa Blanca, de la Virgen del Escapulario.

Todos se asombran menos él. Era la Virgen, aquella cuyo vestido “vestía” y a quien tanto amaba quien le hacía aquellos grandes favores. Ella quería, liberarle de las asechanzas del mal porque el Señor, su Hijo, tenía reservadas para él, grandes empresas.

El amor de Juan a la Virgen será tanto que querrá que sus hijos en la toma de hábito añadan a sus nombres algún misterio de la vida de la Virgen.

De su gran amor hacia la Santísima Virgen y de los favores que de Ella, de María, recibió a lo largo de toda su vida, se ha escrito mucho y aquí no podemos más que insinuarlo. Ojalá nosotros tratemos de imitarle.

Un discípulo muy querido de Fray Juan dejó escrito: que “El Santo Padre exhortaba con gran celo a vestir el Escapulario del Carmen como señal de protección de María”.



“Padecer y ser despreciado”

Casi todos los santos se eligieron un lema, mote o slogan que procuraron vivir y es el que les llevó hasta la santidad.

Cada santo va por un camino hacia el cielo, pero todos llegan a la misma meta: Amor a Dios y al prójimo por Dios hasta el heroísmo. Sin esto... no hay santidad.

El camino señalado para el Padre Juan sería el de la Cruz. Como el Maestro.

En el convento de Segovia “gozaba de retirarse en las peñas granjeras que caían dentro de la huerta” y allí se entregaba a la más alta contemplación.

Por aquellos días estando ante un cuadro de Jesús con la Cruz, a cuestas, orando con gran fervor, mereció oír estas palabras del Señor:

—“Qué premio quieres por lo que por Mí has hecho y padecido”.

—“Señor, padecer y ser despreciado por Ti,” se apresuró a contestar el fervoroso Fray Juan.

El Señor le cogió su palabra y aceptó su generosidad.

De parte de los hombres tuvo que sufrir malquerencias, persecuciones, cárceles, molestias, enfermedades, calumnias...

De parte de Dios le pesaba más la Cruz: Sequedades, tinieblas de espíritu, escrúpulos, abandono aparente de Dios, tentaciones diabólicas, etc. En una palabra: tuvo que atravesar por una especie de túnel muy negro... Por toda una “Noche Oscura” muy densa.

Pero Dios, que él creía le había abandonado, le seguía muy de cerca. Cierta día que sus penas interiores eran más intensas, se llenó su celda de un resplandor celestial y oyó esta voz:

—“Juan, soy Yo. No temas, Yo te libraré”.

Era la voz del Amado que le daba fuerzas para seguir adelante.



Místico y Apóstol

Habría que recordar la escena que nos recuerda San Lucas de Marta (apóstol) y María (místico) o la encantadora vida de San Bernardo de Claraval (1090-1153) para dar con parecidos o figuras de la vida del Padre Fray Juan de la Cruz. El encarnó en una sola persona o doble personalidad estas dos vocaciones.

Le nombran confesor de monjas. Pronto se nota su influencia ya que menudean el locutorio y son más amantes de la celda y del Sagrario.

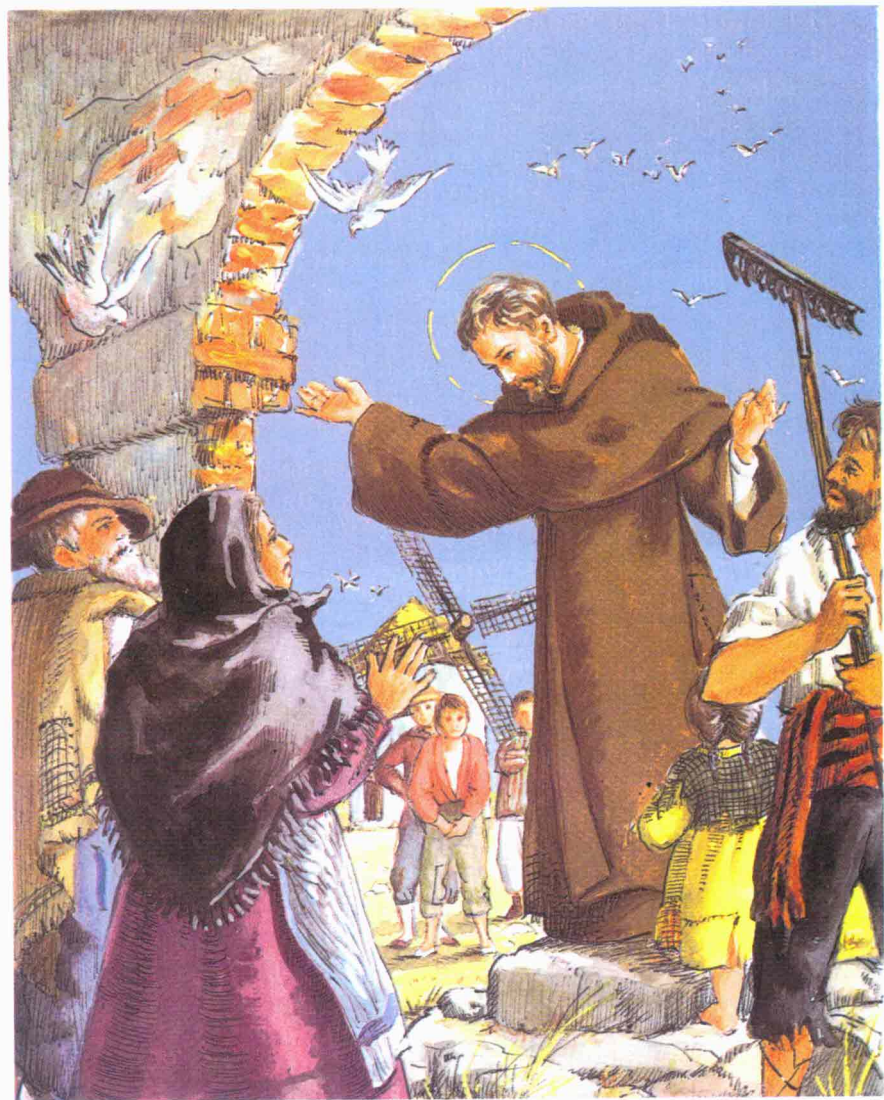
Fray Juan, sin afectaciones delicadas ni conversaciones inoportunas, va encauzándolas hacia Cristo.

Algún tiempo después, en el Capítulo de Almodóvar, es elegido Vicario del Convento del Calvario de Andalucía. Allá marcha Fray Juan contento siempre con la voluntad de Dios, manifestada por los superiores. Pronto pareció aquel convento un monasterio de la Tebaida. No comían sino legumbres y muy mal aderezadas y el silencio era extraordinario acompañando de penitencias acerbísimas. Fray Juan aventajaba a todos.

En julio de 1579 fundó el colegio de Baeza del que fue el primer Rector y el mejor de todos. Un testigo presencial dijo: “que parecía más casa de novicios y de desierto que colegio”.

Era poco amigo de visitas. El mismo nos dice: “Padre Prior, más queremos a V.P. y a sus frailes en sus casas que en las nuestras; porque con lo primero nos edifican y con lo segundo nos entretienen. El religioso retirado nos lleva el corazón, y el que sale por salir, ni a nosotros edifica, ni para sí gana méritos”.

Su confianza en el Señor era extremadísima. Varias veces les faltó qué comer y el Santo lo remedió todo con sola su oración. Con ella también les sacó de otros apuros.



Apóstol de la pluma

El Padre Juan nació con vocación para el magisterio oral pero era reacio a escribir. Gracias a los que machaconamente le rogaron que lo hiciera ha llegado hasta nosotros esta maravilla de su doctrina espiritual que es hoy el alimento de tantas y tantas almas sedientas de llegar a Dios por cualquier camino que el Señor les conduce.

Nos encontramos ante una figura gigante. Pocos hablaban de los sublimes misterios de Dios en el alma y del alma en Dios como este angelical ruiseñor de Fontiveros.

Su prosa y su poesía son divinas y, como muy bien dijo Menéndez y Pelayo, “no pueden medirse con criterios literarios, porque por ahí pasó el espíritu de Dios hermoseándolo todo”.

Sus obras más importantes son, como nos lo recuerda cualquier Historia de la Literatura castellana y universal:

- Subida al Monte Carmelo.
- Noche Obscura del Alma.
- Cántico Espiritual.
- Llama de Amor viva.

Avisos-Cautelas-Cartas-Poesías-Dichos de Amor... Un gran conocedor de su rica espiritualidad ha dicho:

“Toda la obra de San Juan de la Cruz es un himno entonado al Amor. Para él el Amor es toda la substancia, toda la hermosura de la vida espiritual. Canta con acentos incomparables el sumo precio del Amor.

Más el amor no es sólo el fin: también el camino que conduce a la plenitud de la vida espiritual es un camino de amor.

El anonadamiento es obra del amor. Hasta las tenebrosas noches en que el alma queda envuelta mientras se acerca al Señor, son obra del amor de Dios”.

El 24-8-1926 el Papa Pío XI reconocía la sublimidad de este apóstol de la pluma al declararlo *Doctor Místico* de la Iglesia Universal. Hacía el número 26.



Jardín de virtudes

Todas florecieron en su alma.

Hemos escuchado a la Santa Madre Teresa de Jesús elogiarnos sus virtudes ante sus Monjas.

Ante la imposibilidad de recoger todas sus virtudes —sería necesario un grueso volumen— nos limitamos a insinuarlas:

Caridad: Ardía en su corazón “la llama de amor viva” hacia Dios y hacia el prójimo. Ya desde niño sintió gran inclinación a practicar esta virtud. Junto con ellas las otras dos virtudes teologales —fe y esperanza— fueron siempre el fundamento de todo su obrar.

Virginidad consagrada: No le faltaron tentaciones y calumnias contra esta angelical virtud, pero vivió siempre su total y generosa entrega al Señor. Recibió una gracia especial sobre este particular en el día de su Primera Misa como ya dijimos arriba.

Pobreza: El mobiliario de su celda era muy simple: Breviario, Biblia, disciplina, cilicio, cruz y calavera.

Escribió sobre ella: “Solamente es pobre el que desnuda sus afectos de las riquezas temporales”.

Obediencia: Una de las gracias que insistentemente pedía al Señor era que no le cogiese la muerte siendo prelado. De esta virtud escribió: “El humilde no sabe gobernarse sino por la obediencia”. “Los que no van en obediencia adquieren gula espiritual y soberbia”. “Es mejor no hacer lo que no se hace por obediencia”.

Humildad: Quizá era lo que más llamaba la atención en él. En todo era profundamente humilde. Escribió: “Cuando la humildad fuese tal que no quede en sí aniquilado, entonces se hace la unión del alma con Dios”.

Paciencia: Cuantos le trataban sabían de él que era esta virtud la que daba aquel porte y dominio de sí mismo que era la admiración de todos.



A cantar maitines al cielo

Los testigos para su Beatificación depusieron que el Padre Fray Juan había pedido a la Virgen María morir en sábado para hacerse acreedor del Privilegio Sabatino por el cual, según el Papa Juan XXII, la Virgen María promete sacar del Purgatorio a los que se han vestido piadosamente su Santo Escapulario del Carmen y han muerto con él.

Se llama “sabatino” porque la Virgen María a los que mueran en sábado ese mismo día, y los que mueran en otro día al sábado siguiente, los sacará del Purgatorio si durante su vida le fueron devotos especiales y vistieron *piadosamente* su vestido o Escapulario. Por ello muchos santos quisieron morir en sábado.

El Padre Juan se encontraba gravemente enfermo en Uveda (Jaén) a finales de noviembre de 1591. Ocho días antes de su muerte, la Virgen María —a quien él tanto quería— le había prometido que moriría en sábado.

El jueves pidió el santo Viático que recibió con gran unción.

—“¿Qué día es?”, preguntó el 13 de diciembre de 1591.

—“Viernes”, le contestaron.

Después ya no volvió a preguntar el día sino la hora, al llegar la una exclamó:

—“Lo he preguntado porque, gloria a mi Dios, tengo que ir esta noche a cantar maitines al cielo”.

A las nueve volvió a preguntar la hora y dijo:

—“Aún me faltan tres horas .

A las diez oyó tocar a maitines y volvió a decir:

—“Yo también, por la bondad de Dios, iré a rezarlos con la Virgen del Cielo”.

Era el 14-12-1591 cuando expiró. Contaba 49 años de edad. El 1726 fue canonizado y el 1926 declarado Doctor de la Iglesia.

ISBN: 978-84-7770-326-6

